

Reportaje

A vueltas con el bien común

Mari Patxi Ayerra - Profesora, animadora y escritora

De "Humanizar", no. 149, pp. 36-37

Parece tan fácil decirlo, pero la realidad es que pasar de lo que necesita uno a lo que necesitan los demás, de lo que le apetece a uno a lo que quieren todos, es algo complicado.

Estoy con mi nieta de dos años, tonteando en la piscina, y me cuenta que va a ser su cumple, que va a cumplir tres y quiere cumplir muchos y deprisa, porque cuando sea grande va a hacer muchas cosas. Me invita generosamente a su fiesta y utiliza esta posibilidad para manipular a los demás, para premiar con la invitación o para conseguir todo lo que quiere estos días...

Y es que, todos necesitamos un protagonismo especial, tener un *yo* fuerte, que, por otro lado, está lleno de necesidades y deseos.

Mí nieta, por edad, vive en el *yo*, no sabe salir de sí misma y sólo te da una patata frita si ya no le apetece más. Es difícil el paso del *yo* al *nosotros*. Cuando nacemos, todos estamos situados en el *yo*, *tengo hambre*, *tengo sueño*, *tengo caca*, *quiero ese juguete* o *quiero a mi madre*... Y sólo cuando uno tiene hermanos o va al colegio y comienza a comprender que hay más seres en el mundo, con las mismas necesidades que él, entonces empieza a descubrir que hay más personas en el mundo y que es necesario y justo compartir. Por eso es tan bueno que los niños vayan pronto a la guardería, porque socializan antes y comprenden el *nosotros* mejor.

Y la vida está hecha de pequeños gestos personales y grupales, de *tiro este bote de cristal a la basura que no tengo ganas de llevarlo al contenedor*, pero si pienso en el bien común, caigo en la cuenta, inmediatamente, de que es mejor para todos que yo lo recicle a que lo tire a la basura, sin más. Lo mismo ocurre con el recoger, con el quitar la mesa, con el tirar los papeles a la basura o recogerlos para reciclar...

Y, cuando uno piensa en los demás, o en general, cae en la cuenta de que hay cantidad de detalles solidarios que uno puede hacer a lo largo del día como es recoger lo que uno usa, para alivio del orden común, poner o quitar la mesa, dejar los periódicos doblados en vez de extenderlos tras su lectura, tirar los papeles al suelo o los chicles, que pueden pegarse en la ropa, en el calzado o en la vía pública, utilizar bien la ropa y los libros para que puedan reutilizarlos otras personas...

Un detalle que no deja de sorprenderme cada vez que lo veo, es la gente que se entretiene, o se divierte, haciendo pintadas en los baños públicos, donde te puedes encontrar los escritos más curiosos y románticos. A mí, me dan ganas de contestarles, aunque luego pienso que esas personas que han dejado allí su mensaje quizás nunca más vuelvan por ahí.

La vida está hecha de pequeños gestos personales y grupales

De la misma forma me sorprende quien usa tan mal los servicios públicos, como si no pensara en que ningún otro ser humano vuelva a usarlos tras ellos... Ahí sí que me parece a mí importante pensar en general, más que en singular. Si dejas el baño como te gustaría encontrarlo cuando llegas, sería todo mucho más fácil y agradable.

Y, en realidad, casi todo en la vida tiene esta misma ley de fondo, que es que pienses sólo en ti o que pienses en los demás, en los que vienen tras de ti, en los que también quieren usar eso y tenerlo bien. La verdad es que el ser humano necesita rodearse de belleza para vivir y de un cierto orden.

Y hay gente que rompe la belleza de lo común, que rasga los sillones del autobús, que hace pintadas en el cristal, que estropea la cabina telefónica o que destroza las papeleras, en vez de cuidarlas para que estén bien, ya que son de todos y para todos.

Hay algunas personas que tienen tal desorden interior que necesitan romper, estropear, destruir la belleza de lo común y pintan en el elevador, o rompen un letrero o estropean las plantas de las áreas comunes... Y van por la vida agresivas, rompiendo lo que a otros nos produce armonía y bienestar... ¿Qué será lo que les induce a destruir rápidamente las cosas bonitas y nuevas? Yo no consigo entenderlo, la verdad.

Hay otras personas, en cambio, que se ocupan de los demás. Tengo yo una amiga, María, que recoge la ropa usada de sus vecinas y amigas, la retoca, mejora, cose, lava y plancha y luego la mete en cajas, como de tienda, o en bolsas, y la trae al metro, donde se reúnen inmigrantes para reutilizarlas. A mí me parece un gesto precioso de generosidad el traer las camisas, dobladas y con alfileres en su caja, que parecen recién compradas. Y eso que a mi amiga no le faltan problemas en la vida como para estar en su casa compadeciéndose, sin tener que acumular ropa vieja en casa para repartirla a otros...

Otro gesto que me conmueve es el de una vecina mía, que se reúne con amigas los domingos para ir a algún hospital o residencia a visitar a personas que no tienen familia o visitas, a entretenerles y hacerles la tarde más llevadera. Hay gente que recoge tapones de plástico para pagar una silla de ruedas a una persona que la necesita, otra que guarda latas para llevarlas a su parroquia y aplastarlas en una máquina, que las recicla y reutiliza. Alguna anciana generosa que teje para mandar chambritas de bebé a casas de acogida de madres solteras o a algún país empobrecido. Y hay muchos gestos solidarios dignos de ser comentados e imitados, porque si todos hiciéramos algo así por los demás, pues nuestro mundo tendría remedio y viviríamos todos muchos mejor. Y es que el ser humano es bueno de fondo, generoso y atento al de al lado.

Esta mañana, en el autobús, íbamos dos ancianas acaloradas y cansadas y nos han cedido el asiento a las dos varias veces unos jóvenes, unos niños, una señora y algún señor... Da gusto cuando llegas corriendo al metro o al ascensor y alguien te espera y te abre la puerta y te la sujeta, para que pases corriendo. Yo me suelo encontrar con mucha gente atenta y generosa que me cuida y me hace la vida más fácil. Agradezco mucho cuando me ayudan a meter algo en la bolsa, o a llevar un peso grande y cuando me sujetan la puerta automática del metro, para que no me dé un golpe, por no correr.

Me encanta cuando estoy comprando algo y me dan una receta nueva para prepararlo, como si adivinaran mi torpeza doméstica y mi poca habilidad culinaria. Me gusta muchísimo

cuando mi vecina o amiga me pasa un libro que ha terminado de leer, porque es interesante y cree que me va a gustar leerlo... Me encanta cuando alguien me invita a una oración en el *whatsapp*, porque sabe que me va a venir bien y así no tengo que buscarla. Y hay tantos detalles generosos en la vida, que nos alegran y nos facilitan las cosas y son un canto a la generosidad y la ternura entre las gentes.

Yo podría contar miles de cosas bonitas que me han ocurrido en la vida, como que una vecina me pase un plato de galletas recién hechas, otra me haga una bufanda para un hijo o me cosa una bolsa del pan...

Yo, este verano, con mis nietos, he pintado unos cuadros abstractos, que nos han entretenido un montón y que hemos regalado a diestro y siniestro, y la gente los ha recibido con ilusión y novedad, y nos han tenido entretenidos y en terapia ocupacional, gran parte del verano, endemoniadamente caluroso. Nos hemos divertido y los niños han aprendido que uno puede hacer algo para agradar a los demás.

Me viene a la memoria aquel pasaje de la Biblia en el que Dios está enfadado con Sodoma y Gomorra y Abraham no va a encontrar ni diez justos y al final los perdona, porque comprende que la condición humana es pecadora y vulnerable y no siempre sabe comportarse generosamente, amando sin medida. Y es que la bondad de unos pocos nos salvará a los demás y contrapesará con los errores que otros cometemos.

Y para no extenderme más, que siempre me paso de letras, resumo diciendo que intentemos vivir pensando en nosotros más que en mí y los míos, que conjugemos el plural y actuemos mejor en todo y que en cada pequeña cosa que hagamos, tengamos en cuenta siempre el bien común, además del nuestro. Vaya desde aquí un brindis por la humanidad generosa y altruista, por todos los que gastan tiempo en mejorar la vida de los demás o en suavizarla, y por los que regalan su simpatía, su esfuerzo, su cariño y su creatividad para hacer de este mundo un espacio más humano y más justo, donde todos vivamos un poco mejor. Gracias a todos ellos y a ti, que, desde hoy, vas a pensar un poco más en los demás, igual que yo.